

Acercas de la homosexualidad femenina y su estructuración

LAURA MEJORADA*

Aquello que constituye la masculinidad o la feminidad, es un carácter desconocido que la anatomía no puede aprender.
S. FREUD. 33ª conferencia de "La feminidad"

Masculino y femenino es la primera diferencia que hacemos cuando nos encontramos con otro ser humano, pero resulta que no es la única, también existe lo diverso. Y en esto diverso vislumbramos lo diferente, lo heterogéneo, como lo es la homosexualidad femenina que, al parecer, es muy antigua y ha existido siempre, pues hay referencias escritas del amor entre mujeres que datan de la antigua Grecia.

Safo, poetiza originaria de la isla de Lesbos, establecía relaciones de amistad con sus estudiantes, equivalente a las concepciones del amor entre hombres maduros y los jóvenes efebos. Siendo la homosexualidad femenina rechazada socialmente, es ocultada y disimulada o exhibida. Por eso Freud nos advirtió acerca del narcisismo de las pequeñas diferencias en las que surge el odio y la agresión a lo extranjero, a lo diferente, que se vuelve siniestro por ser familiar, pues todo ser humano parte una bisexualidad. Es en este espacio en donde se anidan los prejuicios con el afán por conservar lo igual y destruir lo diferente, no aceptando la realidad de la diversidad sexual, y elevando la heterosexualidad a un ideal que todos debiéramos alcanzar, pues en la medida que esta diversidad cuestiona la identidad en la cual nos sostenemos, hace tambalear esa construcción precaria, y entonces ese ajeno se convierte en un enemigo, un contrincante, un rival o un indeseable. ¿Cómo dar cabida a esta diversidad en nuestra cultura y acceder a la humanidad?

Pretendo sumergirme en un viaje para develar el sentido profundo del sufrimiento de las mujeres gay que acuden a mi consultorio, expresado en sus complicadas relaciones especulares, pues usan a sus "parejas", y las desechan, volviéndose innumerables y fallidas estas relaciones; es frecuente el consumo de drogas, el hastío cubre su vida con la idea de que la vida no vale la pena, y no pensaron que llegarían a vivir hasta esa edad. No desean estar en

*Laura Mejorada
Psicoanalista titular en
función didáctica
de la Asociación
Psicoanalítica de
Guadalajara

mejoradalaura@hotmail.com

este mundo, pues no encuentran su lugar y sienten que no pertenecen a ninguna especie, a ningún grupo, ni a su familia; que son tan extrañas como los personajes de la guerra de las galaxias, situación que se acrecienta con el rechazo de los padres por su homosexualidad, así que jugarán con su semblante a la provocación de ira o de deseo al ir en contra de lo establecido y de lo reprimido, pero el dolor y la soledad se vislumbran tras la sonrisa bufonesca. Los tatuajes inscriben marcas en su piel, un trazo, un índice, un signo precursor, de sensación; ahí se perfilan las relaciones, lo que permite dudar si son auto-eróticas o narcisistas, surgiendo momentos de despersonalización en los cuales no pueden reconocerse. La soledad y el narcisismo, lo pasional que Green describe llevado al extremo.

Sin embargo, esto no las diferencia de las estructuras *borderline*, en las que es frecuente esta sintomatología, por lo que me surgen mil cuestionamientos: ¿cómo se origina la homosexualidad femenina?, ¿por qué ha quedado tan velada en el correr del tiempo? Al parecer, es otro enigma, así como lo es la feminidad, continente negro en el que incursionaré partiendo de Freud, que en la conferencia "La feminidad" nos dice que, del descubrimiento de la percepción de su diferencia anatómica con respecto al varón, parten tres orientaciones en la niña: una lleva a la inhibición sexual o a la neurosis; la siguiente, a la alteración del carácter, complejo de masculinidad u homosexualidad femenina, y la tercera, a la feminidad. Pero antes de esta revelación, todo su amor se había dirigido a la madre fálica, de la que idílicamente pensaba que poseía el pene, pero con el reconocimiento de que la madre no lo tiene, se vuelve posible abandonarla como objeto de amor, y, a falta del pene, la mujer resultará desvalorizada tanto para la niña como para el varoncito, pudiendo surgir un fuerte complejo de masculinidad; si se rehúsa a reconocer el hecho desagradable

y busca refugio en una identificación con la madre fálica, ella lo tiene, lo que me recuerda al fetichista y la desmentida de la castración materna. El fetiche es el falo materno; en cambio, para la mujer homosexual, ella es la mujer con falo, la madre fálica, identificación primaria.

Freud descubrió la importancia del falo para hombres y mujeres, que entra en juego por medio del complejo de castración y, de acuerdo con Lacan, adquiere un efecto estructurante cuando se descubre la privación real del falo materno. La simbolización de una falta y la asunción de su insuficiencia son decisivas para el desenlace del complejo de Edipo y el florecimiento o no de la feminidad o de la masculinidad, así como de numerosas patologías.

También Freud consideró que cuando la vinculación con el padre fue muy intensa, estuvo precedida por una fase de apasionada relación materna, pues "muchas mujeres quedan detenidas en la primitiva vinculación con la madre, sin alcanzar jamás una genuina reorientación hacia el hombre"¹. La sexualidad femenina depende de la relación con la madre, pues la niña se distancia de ella para acceder al conocimiento y a la ciencia que representan el mundo del padre, quedando la relación con la madre al margen del pensamiento, y pudiendo convertirse en una fuente de nostalgia e incluso de depresión, pues es enorme el trabajo psíquico intelectual y afectivo que la mujer debe hacer para encontrar al Otro sexo como objeto erótico, que le exige un gasto de energía sensorial, intelectual y especulativa.

Esta subversión de la mujer que, partiendo del objeto primario madre, debe poner en acción un fuerte potencial psíquico para llegar a erotizar al Otro sexo, implica un ininterrumpido duelo con el objeto perdido. Por eso Green considera

¹ Freud, Sigmund (1931). *Sobre la sexualidad femenina*. Amorrortu Editores.

que en la niña el primer objeto, la madre, es un futuro objeto homosexual y la situación edípica le exigirá el desprendimiento de su objeto homosexual original; sólo así podrá ella investir después un objeto heterosexual; tras la pubertad se reproduce el mismo conflicto. Por lo tanto, la homosexualidad latente o sublimada desempeña un papel más importante en la mujer que en el hombre².

Serge André acentúa esta problemática, pues nos afirma que la relación primordial con la madre vuelve a la superficie a través de la relación de la mujer con su padre; la relación con él no hace que desaparezca el lazo primordial que la une con su madre; el padre no realiza el papel de metáfora, sino que encuentra su lugar en el Edipo femenino, reducido a una metonimia de la madre. Y en el momento en que es conducida a rechazar a la madre como objeto de amor, es justo cuando la odia apasionadamente y, sin embargo, tendrá que identificarse con ella para ocupar su posición femenina, porque si se identifica con la madre fálica, la que posee el falo, entramos al terreno de la homosexualidad, por lo que la feminidad es lo más complejo de alcanzar y es mucho el riesgo de quedar atrapada en la relación primaria con la madre, en lo arcaico, lugar donde se gesta la homosexualidad femenina. Y también la patología.

Los mecanismos psíquicos que presiden la evolución hacia la homosexualidad son poco conocidos, no obedecen sólo a una diferencia de órgano o a la complementariedad de la bisexualidad psíquica; su naturaleza es física y psíquica, y tanto en la feminidad como en la homosexualidad femenina, la mirada de otro constituye su sostén³; la no aceptación de la cas-

tración materna y la huella psíquica que el primer amor en la historia de la mujer, el amor hacia la madre, deja inscrita en el cuerpo, marcará la relación con sus objetos amorosos, prisionera del Yo ideal; se sostiene en la imagen especular, siempre en busca del paraíso del goce. Por lo tanto, en la homosexualidad femenina los objetos son autoeróticos y narcisistas, transferidos desde la relación íntima y carnal con la madre, mismo sexo, misma reproducción. Por ello es tan importante el corte y la separación, pues, de acuerdo con Aulagnier, la mujer tiene que vivir una ruptura, establecer una distancia y, en ese espacio, construir su feminidad. Y al parecer esto no lo logró la mujer homosexual, situación que plantea J. Laplanche⁴ al hablar de la seducción originaria, prototípica del mensaje enigmático, puesto que, junto con la ternura, el adulto introduce activamente la sexualidad: heterosexual u homosexual; la madre es la primera seductora y tiene la tarea de estimular la pulsión, pero también de contenerla. Cuando la seducción es precoz y el objeto desviante, la madre busca su satisfacción, y en lugar de rehusarse como objeto de placer, se ofrece; al parecer es algo muy finito a nivel sensación, pues M. Alizade, al hablar de la madre y su relación con su bebé mujer, menciona la estrecha interacción de dos cuerpos que se desean, y crean un campo de intimidad que se extiende en las caricias, la mirada, el baño de palabras que inundan a la relación en la que el orgasmo primordial tiene lugar, la difusión del erotismo en todo el cuerpo del bebé, pero en ese cuerpo a cuerpo es donde se emite y se recibe el mensaje enigmático⁵,

² Green, A. *De locuras privadas*. Amorrortu Editores.

³ Durrmeyer, Lucile, y Jacques, André (2001). *Cambiar de placer en la Feminidad de otra manera*. Editorial Nueva visión: Buenos Aires, Argentina.

⁴ Laplanche, J. (1989). *Nuevos Fundamentos para el Psicoanálisis. La seducción originaria*. Amorrortu Editores: Buenos Aires, Argentina.

⁵ Alizade, Alcira Mariam (1992). *La sensualidad femenina*. Amorrortu Editores: Buenos Aires, Argentina.

y Lacan lo señala en el encuentro con el Otro, como Otro cuerpo, y no dice que es importante considerar el modo en que le fueron ofrecidos al niño “el saber, el goce y el objeto a”⁶.

El goce es la impronta de la voz y la mirada del Otro, pues queda reducido a esos objetos, y el goce es relacionable porque hay más de un cuerpo en juego⁷. Es un complicado entramado más indiferenciado y confundido en la mujer que en el hombre, ya que coexiste en la mujer una parte de esa madre que se desdobra, mitad de sí misma, la falta originaria es la madre, y en un primer momento su soporte es su imagen especular, por eso la repulsa originaria en la mujer y la represión del afecto son más violentos y radicales que en el hombre, y es debido a este vínculo erótico entre la madre y la niña. “La prohibición del incesto es doble prohibición y destierro, de la transgresión entre madre e hija, pues comparten la identidad de su naturaleza; son mujeres, por lo que tendrá que atravesar por una doble discriminación de la forma del cuerpo: ambas sin pene, y de la psique, ya que la mujer está confundida en el sexo femenino; por lo que es necesaria la pulverización del cuerpo materno, bajo la prohibición y exclusión del incesto que permite el distanciamiento narcisista e introduce la representación del cuerpo fragmentado de la madre”⁸.

Es entonces, en esa seducción desviante de la madre con esa hija pequeña, cuando pienso que se gesta la homosexualidad femenina. Los fenómenos de pérdida y partición que vive la mujer darían cuenta hasta en lo biológico de un corte, la menstruación mes a mes, se lo recuerda, pero si lo desmiente y no puede

aceptarlo, corre el riesgo de organizarse en la homosexualidad femenina que, al no poder perder a la madre fálica, se convierte en ella⁹.

Sabemos que la mirada de la madre está presente en la constitución de la homosexualidad femenina, en la identificación, en el narcisismo, hasta en el autoerotismo y en el sentimiento de sí; por esta razón, la prohibición es para la madre, en primer término, “No reintegrarás tu producto”, y es decisiva su aceptación o no.

Definirse sexualmente supone una conmoción estructural fundamental, así como un trabajoso replanteo del sentimiento de sí, de la identidad del sujeto, pues lo enfrentan con el dolor y la angustia que pudiera producirle la des-estructuración de su imagen corporal, ya que tendrá que re-inscribir un cuerpo que se experimenta fragmentado. Tal vez por eso la mujer homosexual se confronta con una experiencia de extrañamiento, de no reconocimiento, y las manifestaciones como la des-personalización o la des-corporización suelen aparecer. Podríamos pensar que, en la preocupación por los tatuajes, estas mujeres homosexuales expresarían esfuerzos de inscripción para dar contorno a un cuerpo que se experimenta como fragmentado. Además, se puede observar la huella de la transformación de las facciones, del endu-recimiento del rostro; por eso en el plano del cuerpo como objeto pulsional, y el del cuerpo como imagen, la homosexualidad femenina conmueve las identificaciones dadoras de identidad, que conllevan el peligro de existencia de su ser.

Serge André¹⁰ sitúa el hecho de que la homosexualidad femenina implica la presencia de un tercero masculino, a quien le plantea su enigma y su desafío: la

⁶ (Lacan, 1968-69, p. 302).

⁷ (Lacan, 1971-72, p. 221).

⁸ Green, A. *La nueva clínica psicoanalítica y la teoría de Freud*. Amorrortu Editores.

⁹ Lemoine, Eugenie (1982). *La partición de las mujeres*. Amorrortu Editores: Buenos Aires, Argentina.

¹⁰ André, Serge. *La impostura perversa*.

relación con las mujeres es una forma de decir que se puede prescindir del hombre sin perder nada en lo que al goce se refiere. Supone una identificación sexual con el hombre que, considero, es secundaria a la identificación con la madre fálica en la que se convierte como salida posible del Edipo; lo que la lleva a interesarse en la otra mujer es el goce que puede experimentar y hace experimentar. Quiere sostener que ella está mejor situada que un hombre, y demostrar que está provista, en el plano sexual, de algo mejor que el pene, y en consecuencia más potente. ¿Ser mujer homosexual constituye una identidad o un sentimiento de sí, de unidad? De acuerdo con Lacan, la identificación es la cristalización de una identidad.

Por otro lado, W. Granoff y F. Perrier entienden que la homosexualidad femenina se relaciona con un no poder soportar la frustración relativa al amor por la madre, que es reencontrada en el *partenaire*. Curiosamente, las pacientes homosexuales se encuentran en medio del amor imposible por una mujer. El padre funcionaría como soporte de una identificación masculina; sus insignias se utilizarían, en la otra mujer, para reencontrar a la madre por la vía del amor, a la cual la homosexual se propone como objeto que llena la falta. Ella no ha pagado la deuda de la castración, ella -que nunca lo ha tenido- lo dará mejor que nadie. Así, la presencia del tercero masculino desafiado se hace sentir en el cuidado que ella aporta a su compañera.

Solo la homosexual femenina degrada el falo, lo vuelve carente de sentido cuestionando su valor de significativo del deseo, busca un goce que no tenga el falo como barrera. La homosexual femenina quiere acceder al goce femenino, su pasión, rehusando pasar por el falo, rehusando ser no-toda. No se somete a la ley de la castración, pero fracasa en ser no-toda y sólo le queda la posibilidad de un amor sin deseo o un goce todo cen-

trado en el falo, del que no deja de querer deshacerse, se abre a la problemática de hallar o no hallar placer.

Pero la homosexualidad femenina no es necesariamente, en todos los casos, el resultado de una identificación al padre, y se propone como una categoría ambigua para la clínica psicoanalítica. Colette Soler nos rescata, pues considera que la homosexualidad femenina se sostiene en una ética que "le deja lugar al Otro del sexo, la mujer, sin eliminar un lazo secreto al hombre"¹¹, y no se trata ya de psicopatología, sino de respuestas sexuadas; se abre la posibilidad de un goce más allá del falo (Cf. Vegh, 2010, p. 121). Asimismo, Élisabeth Roudinesco postula que no se puede continuar considerando a la homosexualidad como una perversión; la elección homosexual de objeto no define la perversión.

Vemos cómo la homosexualidad femenina no responde a una estructura clínica patológica. Tal vez podríamos pensar que se es mujer homosexual y que existe patología como en cualquier mujer u hombre heterosexual; además, no es simétrica a la masculina, no tiene la misma estructura. Así como la mujer tiene una estructura distinta del hombre. Pienso que encontramos en su estructura elementos de neurosis, de perversión, de obsesión, de indiscriminación, psicóticos, fallas en el ser, al igual que en pacientes mujeres heterosexuales, o que en un hombre homosexual o heterosexual; lo mismo ocurre con los conceptos de esa no generación de la ausencia y de la falta, o el no asumir la castración que, al parecer, lo único que la diferencia de otras estructuraciones es la forma en que se elude. ¿Es, entonces, una identidad ser homosexual o heterosexual? ¿Es el lugar donde se cristalizaron las identificaciones? Para el psicoanálisis

¹¹ Soler, Colette (1997/2004). *Lo que Lacan decía de las mujeres*, p. 176. Editorial No-Todo: Medellín. Traducción: Luis Fernando Palacio y Ricardo Rojas.

actual, por lo tanto, ser mujer u hombre gay no es una patología; que puede haber patología, sí, como en cualquier hombre o mujer heterosexual. Y no deja de ser una respuesta a lo arcaico fusional materno, así como de la seducción originaria de un adulto desviante que dejó una secuela que en un momento posterior resurgirá: en el Edipo, en la adolescencia, en la cual confluyen los momentos y la temporal-

dad, y sólo existe un reordenamiento. Por eso, Julia Kristeva considera que "elegir una identidad sexual no sólo es la garantía de una identidad personal fuerte y libre, sino que garantiza también el respeto por el otro y por lo diferente y lo diverso". Sin embargo, esto implica estar dentro de un orden y asumirlo. Y éste es un recorrido que todos los hombres y las mujeres tenemos que realizar en un análisis.